

....

Hoy se convoca a diferentes personas y colectivos para explicar la memoria y para reivindicar el lugar legítimo de una democracia obligada a claudicar en el 75.

En esta convocatoria, también hay lugar para una mujer poeta como yo que escribe poesía militante, que está más cerca del oficio que del arte y que además camina al lado de quienes de una forma u otra, desde la recuperación de la memoria o desde el activismo más radical conspiramos por un mundo mejor.

Mi poesía es errante, contestataria, desobediente y se empeña en no olvidar. En tener memoria, en hacer memoria.

Para comprender el presente me urgía comprender mi pasado y poner letra a tanta amnesia.

Pero hoy no vengo a hablar de mi poesía si no de quien soy, de quienes somos, de quienes fuimos.

Traigo en mis manos el legado y la ira de aquellos antifascistas que por sus palabras sufrieron como tantos otros el crimen y el exilio.

Soy la nieta humilde de aquellos hombres y mujeres clandestinos, enfermos, andrajosos, hambrientos, olvidados, asesinados que poema tras poema, desde México, España, Cuba dejaron escritos miles de versos sobre la injusticia de aquel tiempo.

A todos les debo mi memoria, a todos les debo la resurrección de mi historia porque los libros callaron en la infancia lo que era un derecho transmitirnos.

Callaron la República para alzar la voz de los crucifijos, callaron a las mujeres milicianas para ponerlas a bordar y a limpiar iglesias, callaron el éxodo y el hambre y borrarón las cunetas y las sacas y las cárceles y los paredones y los campos de exterminio y los robos de niños. Todo lo callaron en mi infancia.

Pensaron que el silencio sería suficiente para domesticarnos, que la censura sería suficiente para conformarnos, que el miedo sería suficiente para que mirásemos para otro lado.

Pero el dolor estaba ahí, palpitando en cada verso.

Y el dolor estaba aquí, dentro, muy dentro.

Y así fue como en esta tierra de infamias la poesía se acercó a mi niñez para contarme.

Fui creciendo con los libros amontonándose sobre mi falda, con todas sus lágrimas republicanas, con todos aquellos romances y elegías escritos a toda prisa.

Poesía armada hasta los dientes de dignidad, poetas soldados que en mitad del holocausto se ponían de puntillas para gritar y que se les oyera desde las trincheras hasta el confín de la tierra.

Décadas después de haber sido escritos, vinieron a mí aquellos poemas para apuntalar mi conciencia antifascista.

Neruda me descubrió el Winippeng y Gabriel Mistral la solidaridad con los niños y Miguel Hernández me enseñó que la palabra también puede desenvainarse como si fuera un sable, Antonio Machado que el exilio partió en dos cada esperanza y Manuel Altolaguirre que la crueldad también tenía en Francia su fábrica, y Angela Figuera y José Bergamín y Cesar Vallejo y Carmen Conde nombre a nombre, verso a verso fueron hablándome de este España traicionada. De esta España peregrina.

Hombro con hombro Pueblo y poesía

Hoy, vengo aquí a hablar de la memoria porque nuestra memoria, es más justa si incluimos a los poetas.

Ellos nos mostraron el camino, alumbraron con su luz el rostro de las bestias que hoy perduran. Arriesgaron su vida y su poesía porque era urgente vivir y hacer de la justicia la mejor causa.

Pero aún estamos con nuestros muertos anónimos, con los torturadores aún vivos, con el rey y los palaciegos haciéndonos cortes de mangas. Con un ejército fascista y una democracia débil y sumisa que se pactó a espaldas de la república.

No era esta la democracia que el pueblo y los poetas defendieron con las armas.

Ellos no lucharon para que décadas después compartiésemos con los fascistas las urnas.

Ellos no lo perdieron todo para que ahora nosotros seamos de nuevo esclavos, ignorantes, insolidarios.

Ellos confiaron en el poder del pueblo que, hambreado, se pone en pie y anda y nos dejaron como herencia su ejemplo, sus sueños, sus libros.

Los poetas de hoy, del ahora mismo, tenemos que tomar partido. Como ellos hicieron con sus poemas valientes.

Porque anochece en España, viene anocheciendo desde que firmaron el perdón y el olvido.

Desde que, engañado, el pueblo, pasó de las manos genocidas del caudillo a estar en las de un rey, es decir a estar en las manos de los mismos.

Desde que pactaron amnistías y dejaron que la España violada fuera eternamente víctima.

No podemos permanecer indiferentes ante este crimen.

Debemos estar a la altura y dejar versos suficientes que expliquen a generaciones venideras la verdad de nuestro tiempo.

Me preocupa que mañana una niña (como yo fui un día) no tenga poemas que depositar sobre su falda, no encuentre versos que le ayuden a hacerse así misma

Yo quisiera no sólo desempolvar nuestra trágica memoria, yo quisiera también aquí y ahora ir escribiendo la historia.

Dejar puñados de versos esparcidos como semillas por esta patria que traicionó a la República. Explicar no sólo que todavía dios está en todos los sitios, no sólo que todavía no se ha pedido perdón, no sólo que se mueren nuestros viejos sin ver ondear nuestra bandera legítima.

No sólo que el nuestro fue un pueblo de héroes y heroínas a los que se les humilló institucionalizando el olvido.

Yo quiero también con mi canto hacer un canto nuevo que deletree el miedo a vivir otra vez sitiada por las bestias, que dibuje la furia de aquellos que, impunes, desahucian y vejan, que susurre al oído estrofas inmensas de amor por la vida.

Yo quiero con mi canto hacer un canto nuevo que haga visibles a los invisibles que errantes y hambrientos caminan acechados por jaurías.

Yo quiero con mi canto hacer el canto más libre y que décadas después sea el estribillo que cante una niña y honre con su voz limpia el esfuerzo colosal que hoy y aquí compartimos.

Pero no sólo estoy aquí para hablar de memoria y poesía.

También vengo a hablar de nosotras: de esta mitad que no se tiene en cuenta, que se silencia en la historia disfrazándonos de brujas o de devotas

Las mujeres pagamos por un doble crimen.

Nuestro delito fue ser humanamente enteras, no costillas, ni mitades, no calladas esposas entre cunas y fogones.

Nuestro delito fue emanciparnos, salir al espacio público, conquistar la palabra. Ser y no sólo estar sin sombrero y sin mantilla.

Nuestro delito fue la libertad: aprendimos a ser dueñas de nuestro sexo, a leer, a escribir y a pensar más allá de dios y sus secuaces.

Nuestro delito fue ser mujeres de carne y hueso, con azadas, libros y pistolas.

En reuniones, en trincheras,

en la cárcel, en los paredones, contra la miseria.

Fuimos anónimas combatientes en las huidas, cuando las bombas caían, auxiliamos a los agonizantes hacia una salvación que casi nunca pudo darse.

Buscamos alimento entre las piedras: cañas de azúcar famélicas, agua tibia con sabor a raíces y leche de pechos que aún derramaban su calostro caliente.

Sanamos las heridas de los niños tiroteados, encontramos para ellos cobijo y abrigo y a veces un largo viaje sin regreso para salvarlos de la cruz y de la muerte.

Esposas, hijas, madres, hermanas, mujeres al fin y al cabo que nos rebelamos contra la injusticia, levantando el puño, empuñando la rabia, muriéndonos también nosotras, atravesadas por la misma espada que cercenaba la misma esperanza.

Por todo esto nosotras, las mujeres republicanas,
fuimos el trofeo de los salvajes, solaz de quienes mataban por todas partes.

Por todo esto nos arrancaron a los hijos para educarlos con el crucifijo,

nos robaron a los recién nacidos,

nos apalizaron en los cuarteles,

raparon nuestro pelo y nos dieron ricino para que con la mierda entre las piernas caminásemos por las calles igual que malas bestias.

Quisieron hacer con nosotras mansas fieras de ubres llenas.

Pero nuestro delito aún no ha prescrito.

Aún buscamos la manera de volar entre los buitres.

Aún reclamamos que nuestra historia sea también escrita, como se va escribiendo la de los hombres heroicos y antifascistas.

Aún reclamamos nuestro lugar en aquel sueño inmenso que se oscureció hasta convertirlo en genocidio.

Compañeras, lo que digo no es nuevo. Todas sabemos que sólo por tener vagina el mundo nos castiga.

Nos castiga la historia porque aún está en manos de quienes nos olvidan.

Nos castigan los compañeros que ensalzan a Bethune, pero ningunean a Modotti.

Nos castigamos a nosotras mismas porque es en el antifascismo y no en otro sitio donde debemos estar con nuestro feminismo incombustible, con nuestra coherencia luchando contra un patriarcado criminal que se extiende también entre nuestros iguales.

Sin nosotras el fascismo seguirá dando pasos de gigante.

Sin nosotras, sin nuestra experiencia en el combate diario por la vida, el mundo seguirá demente hacia un lugar que ya conocimos y que recordamos hoy, aquí, ahora mismo.